

24, abril, 2205

A todas las comunidades

En el mes de mayo

Queridos hermanos y hermanas:

En este año, dedicado a recordar y celebrar a la Inmaculada, os escribo al comienzo del mes de mayo, mes de María en nuestro calendario.

Sé que en todas las parroquias y comunidades, con motivo de este año jubilar de la Inmaculada, se intensificará el amor a Nuestra Señora y se multiplicarán los actos que se lo manifiesten.

Releyendo el Concilio, os recuerdo tres actitudes que él señala, como garantía de devoción verdadera a la Virgen María.

Habla el Concilio de *conocerla*, habla de *amarla*, habla de *imitarla*. Es fácil de retener y es grande el caudal de sugerencias que estos verbos generan.

Conocerla: Fijaos que la han contemplado despacio grandes artistas, y nos han plasmado lo bello que su corazón y sus ojos han visto. La han mirado impresionados escritores y poetas, y conocemos sus poemas, que nos hacen bien. A Ella se han acercado los teólogos, han ahondado en su vocación y nos sorprenden los datos que descubre la fe y la reflexión. Y son millares de textos, y escritos. Y tenemos las extraordinarias páginas que han escrito los santos.

Para conocerla personalmente os invito a rezar con el *Magnificat*. En este canto nos descubre quién es Ella por dentro, cuál es la razón de su vida.

En su corazón vive de lleno Dios, ocupa por completo su vida. Es preciso detenerse en los nombres con que lo llama. Es *Señor*; lo recuerda como *Salvador*. Es *Todopoderoso*, con brazo fuerte; es *santo y acogedor*. Por dos veces recuerda la misericordia de Dios.

A Dios lo ve volcado a favor del hombre pobre, hambriento, humillado. Es el Dios que ama al mundo y lo redime. Y así Dios empuja la historia humana por los siglos.

Ella se ve humilde, se siente extraordinariamente emocionada, llena de alegría y admirada, porque Dios se ha fijado en su pequeñez, y la ha hecho portadora de bienes para la humanidad de todos los tiempos. Ella, por ser de Dios, es para la humanidad, que la llamará feliz, y que se sabrá esperanzada gracias también a Ella.

El *Magnificat* nos acerca a María, que en su canto nos abre de par en par lo que vive en su corazón.

¿Quieres releer el Magnificat?

Imitarla. Comenta el Concilio en varias ocasiones que María entregó limpiamente su vida a la persona y a la obra de Jesús. Es el sentido de su ofrecimiento: “¡Aquí está la esclava del Señor!”

Jesús fue siempre el primero para la Virgen María. Jesús fue la razón de su vida. Cuidó a Jesús. Lo vio crecer. Lo acompañó. Dios la creó Inmaculada para darnos a Jesucristo, que es el fruto bendito de su vientre.

La obra de Jesús es la Iglesia, que anuncia su persona y su mensaje, que está cerca de los hombres, con palabras de amor y de misericordia, con la fuerza del Espíritu, con el testimonio de sus hijos. La obra de Jesús es la redención del hombre.

La Virgen no puede separar a Jesús de su obra. Estuvo María en Belén y de Ella nació Jesucristo, proclamamos en el Credo. Y estuvo rezando con los Apóstoles, cuando nacía la Iglesia.

Imitar, en palabras de Jesús, es seguir sus pasos. El mes de María ha de servir para acentuar en nosotros las actitudes de Ella. Seguir las huellas de su fe, Ella, la feliz por haber creído. La dura senda de la esperanza, y “esperanza”, la llamamos. El camino del amor, que la hizo servidora.

El mes de María ha de ser el mes de Jesucristo, y es el mes de la Iglesia, de vivir la Iglesia, de vivir con la Iglesia, de vivir con la Iglesia Diocesana. Acaba de recordarnos el Papa que “la comunidad de los santos somos todos nosotros”.

Amarla. Porque es madre. No nos cuesta amar a la madre. Nos sale amar a la madre. Pero caemos en la cuenta de que a María, ser Madre de Jesús y ser Madre nuestra le costó sacrificios, desde el comienzo de la vida de Jesús, y llegó con entereza a la cruz de Cristo. Madre, que se ganó nuestro cariño y afecto verdadero.

Conoció y guardó en su corazón el amor de Cristo. Y ese amor libera al mundo que “se salva por el Crucificado y no por los crucificadores”, ha proclamado el Papa. Como el Señor, Ella sabe que el amor se expresa en el servicio.

María es buena. Su corazón mira al desvalido, a sus hijos, que sufren. Habla de hambrientos y humillados. Por eso, ya no será posible amar a María sin mirar a sus hijos. A María se va por Jesús, y se va por sus hijos de la tierra, que Ella ama.

Nuestra Iglesia Diocesana se encomienda a Ella. ¡Con cuántos nombres la llama! La proclama Inmaculada. Nuestra Iglesia le encomienda su servicio al Evangelio, al nuncio de Jesús, con audacia, en tiempos de indiferencia.

Le encomienda el servicio permanente a los pobres, como buena samaritana. Encomienda a su corazón el permanente deseo de ser más fraterna y más misionera.

Esta Iglesia, que “está viva, porque Cristo Resucitado está vivo”, acaba de decir el Papa Benedicto XVI. “La Iglesia está viva y nosotros lo vemos. No estamos solos”. Nos acompaña siempre el Señor, porque empeñó su palabra de estar con nosotros. Nos acompañan los Santos.

Nos acompaña Santa María, la Madre, que está en la tierra ayudando siempre a sus hijos.

¡Aquí está nuestra Madre! Recordamos con agradecimiento su Inmaculada Concepción. Un mes más para conocerla mejor, para imitarla de cerca, para amarla de corazón.

Santa María: Muéstranos a Jesús y haremos lo que Él nos dice.

Junto a la Virgen María y al Señor, en la Iglesia que somos, os reitero mi saludo fraterno

+ Victorio Oliver Domingo